

Diego de Silva y Mendoza, conde de Salinas, e Inglaterra: una perspectiva desde Madrid y Lisboa

Trevor J. Dadson †*
Queen Mary University of London

Diego de Silva y Mendoza tenía ocho años y siete meses cuando su padre, Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, murió el 29 de julio de 1573. Como ocurre con muchas relaciones familiares de esa época, no sabemos nada o casi nada del tipo de relación que tenían padre e hijo. Diego nació en Palacio, es decir en el Alcázar Real de Madrid, y fue bautizado el 23 de diciembre de 1564 en la iglesia parroquial de San Gil. Para entonces los príncipes de Éboli, Ruy Gómez y Ana de Mendoza y de la Cerda, llevaban algún tiempo viviendo al lado de la familia real, Felipe II e Isabel de Valois, pero en agosto de 1567 se mudaron a una casa que pertenecía a Antonio Pérez en el barrio madrileño de Santa María. Luego, en la primavera de 1569, se trasladaron a su nuevo palacio de Pastrana donde vivieron hasta la muerte de Ruy Gómez, aunque éste iba constantemente a Madrid donde aún tenía sus negocios y donde el rey requería su presencia de vez en cuando, aunque no tanto como antes cuando Ruy era su principal consejero o valido¹.

Todo esto viene a decir que durante sus primeros años Diego cambió de casa al menos dos si no tres veces y vivía entre Madrid y Pastrana. Y lo más cierto es que vería poco de su padre. Además de consejero de Felipe II y Contador Mayor de Castilla, Ruy también tenía, desde 1564, el nada grato puesto de Mayordomo Mayor del príncipe don Carlos, loco y enfermizo. En algún momento de su infancia Diego asistió a uno de los colegios recién fundados por la Sociedad de Jesús, como leemos en la Dedicatoria de Juan de la Cerda a su *Commentaria in omnia opera Publii Virgilio Maronis* de 1608: “Tu una

* Este trabajo se publica con carácter póstumo. El profesor Dadson falleció el pasado 28 de enero de 2020.

¹ Sobre la vida de los príncipes de Éboli en Madrid y luego en Pastrana, ver Helen H. Reed y Trevor J. Dadson, *La princesa de Éboli. Cautiva del rey. Vida de Ana de Mendoza y de la Cerda (1540–1592)*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica–Marcial Pons Historia, 2015, caps. IV y V.

cum nobilissimis Fratribus tuis has SOCIETATIS IESV Scholas, illas cum primum aperuimus, incredibili studio frequentastis” [Tú solo y tus hermanos muy nobles asistíais con frecuencia a estas escuelas de la Sociedad de Jesús tan pronto como las abrimos, con celo increíble]. Prosigue el prologuista diciendo que esto fue por orden de Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli. Seguramente sería un colegio madrileño de la Compañía. En Pastrana fue educado junto con su hermano Rodrigo en casa, teniendo por tutor a un tal Ruy Díaz de Mendoza “ayo de los ilustrísimos duques”².

Es probable que Ruy Gómez tuviera bastante que ver en la educación de sus dos hijos mayores, Rodrigo (nacido en 1562) y Diego, como sugiere Juan de la Cerda, pero la princesa también era una mujer muy bien educada (por su madre Catalina de Silva) y muy leída, y no sería de sorprender que fuese ella quien inició a Diego en los estudios literarios³. Además, en una carta a su hijo lo llama “Garcilaso”, reconociendo así su incipiente carrera como poeta, y el placer que sentía ella en que siguiera los pasos de su ilustre antepasado⁴.

Como consejero principal y compañero del rey y como mayordomo mayor del príncipe heredero, Ruy Gómez habría tenido mucho que contar a sus hijos, si hubiera querido y si el tiempo se lo hubiera permitido. Y como todo padre, habría seguramente querido contar sus viajes al extranjero, sus experiencias de distintos países: la gente, el clima, la comida, las costumbres, etc. Ruy Gómez había acompañado al príncipe Felipe en dos viajes al extranjero: primero a Italia en 1548, y de allí a Alemania, los Países Bajos y Francia entre 1549 y 1551; más tarde, entre 1555 y 1559, viajaron a Inglaterra y de nuevo a Francia y los Países Bajos. En 1553 Ruy viajó solo a Portugal a negociar el matrimonio del príncipe con la infanta María de Portugal, según todos, una joven bella e inteligente y mecenas de las artes. Pero estas negociaciones llegaron a un callejón sin salida sobre el tamaño de la dote y luego fueron reemplazadas por una nueva oportunidad matrimonial, que se presentó con la muerte del rey Eduardo VI de Inglaterra y el acceso al trono inglés de María Tudor. De ahí el viaje a Inglaterra en 1555.

Es difícil imaginar que Ruy no compartiera con sus hijos sus impresiones de los países del norte de Europa, tan distintos en costumbres y clima a España y a su país

² Trevor J. Dadson y Helen H. Reed (eds.), *Epistolario e historia documental de Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2013, p. 291, doc. 139.

³ Sobre la educación de la princesa, ver Trevor J. Dadson, “The Education, Books and Reading Habits of Ana de Mendoza y de la Cerda, Princess of Éboli (1540-1592)”, en Anne J. Cruz y Rosilie Hernández-Pecoraro (eds.), *Women’s Literacy in Early Modern Spain and the New World*, Aldershot, UK; Burlington, VT, Ashgate, 2011, pp. 79–102.

⁴ Dadson y Reed, *Epistolario...*, p. 518. Para el parentesco entre los Lasso de la Vega y los Mendoza, ver Dadson, T.J., *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*, Madrid, Arco/Libros, 1998, pp. 112–113.

natal Portugal. En esa época los ingleses, por ejemplo y por sorprendente que parezca, se consideraban los mejores cocineros de Europa y los que mejor bailaban, y, de hecho, todos los viajeros a Inglaterra comentaban la pasión de los ingleses por el baile, el juego, la diversión, y, cómo no, la bebida. Les gustaba la juerga mientras que los españoles eran considerados los más serios y formales, todo un contraste con los estereotipos de hoy día. Podemos imaginar a Rodrigo y Diego escuchando embelesados mientras su padre les contaba sus recuerdos de la corte inglesa, pues se quedó allí todo el tiempo que estuvo el príncipe Felipe.

Sin embargo, Ruy Gómez murió demasiado pronto para que sus hijos disfrutaran de todas sus reminiscencias⁵, aunque curiosamente el primer contacto con el extranjero que tuvo Diego fue en 1587 y fue con los ingleses. Diego pasó las Navidades de 1586 en casa de su hermana Ana y su cuñado el duque de Medina Sidonia en Sanlúcar de Barrameda; después de Reyes fue a Herrera de Alcántara para hacer profesión de caballero de la Orden de Alcántara, acto que duró 90 días. Estando allí en el Convento de la Orden, le llegaron noticias de que Sir Francis Drake con una poderosa flota inglesa había aparecido en la bahía de Cádiz⁶. De Alcántara Diego volvió a Sanlúcar lo más rápido que pudo, pero llegó demasiado tarde para tomar parte inmediata en la defensa de la ciudad, aunque sí pudo asistir al consejo que “allí se hacía de mi cuñado, el Adelantado, y otras personas. Diome gana entonces servir a su majestad con doscientos hombres en aquella ocasión”⁷. En una relación posterior de sus servicios a la Corona, Diego dijo lo siguiente: “Antes de entrar el marqués de Alenquer en el Consejo de Portugal, fue a Cádiz desde Alcántara, donde estaba profesando, cuando el Draque intentó a tomarle el año de 87”⁸. Como fue redactada años más tarde, se refiere a sí mismo con el título de marqués de Alenquer. Drake atacó el puerto el 29 de abril de 1587. En seguida fue de Cádiz al Cabo de San Vicente capturando el castillo y puerto de Sagres el 9 de mayo. Desde este punto estratégico pudo dominar e interferir con las rutas marítimas entre Andalucía y Lisboa. La flota inglesa estuvo allí todo el mes de

⁵ Sobre el legado político de Ruy Gómez de Silva y su continuación en la persona de su hijo Diego, ver Dadson, “El legado político de Ruy Gómez de Silva”, en José Guillén Berrendero, Juan Hernández Franco y Esther Alegre Carvajal (eds.), *Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli: su tiempo y su contexto*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2018, pp. 381–406.

⁶ Sobre este episodio, y un poema que le fue dedicado, ver Dadson, “El conde de Salinas y el duque de Medina Sidonia: familias, armadas y poesía”, en José María Rico García (ed.), *El duque de Medina Sidonia: mecenazgo y renovación estética*, Huelva, Prensas Universitarias, 2015, pp. 143–166.

⁷ Dadson (ed.), *Diego de Silva y Mendoza, conde de Salinas y marqués de Alenquer. Cartas y memoriales (1584-1630)*, Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica–Marcial Pons, 2015, p. 52, carta 12.

⁸ Archivo Histórico Provincial, Zaragoza [AHPZ]: Híjar, 4^o-203-1: “Relación de los servicios del marqués de Alenquer hechos a la Corona de Castilla antes de entrar a servir en el Consejo de Portugal?”.

mayo. Luego, fue con gran publicidad hacia las Azores para interceptar la flota portuguesa que volvía de la India, cargada de especias, y la flota española que venía de América cargada de tesoros. Según cuenta en una carta a su amigo Ascanio Colonna, Diego de Silva y Mendoza fue en una de las naos de la escuadra de Andalucía que Medina Sidonia mandó salir de Cádiz en persecución de Drake y con la esperanza de encontrar al marqués de Santa Cruz. En la relación de sus servicios, mencionada arriba, lo explica así: “Dividiéndose trece navíos de esta armada, que ordenó su majestad fuesen en busca del marqués de Santa Cruz a las Terceras, por entenderse que podría toparse con la armada inglesa, dejó el marqués de ir a Lisboa y se embarcó con don Agustín Mexía”⁹. Al momento de escribir la carta a Colonna, Diego se encontraba en Herrera, “hecho matalotaje y embarcación” y esperando órdenes.

Terminada la campaña, Diego quedó esperando en su Encomienda de Herrera de Alcántara que el rey le dejara unirse a las fuerzas que se preparaban para la gran Armada contra Inglaterra. Sus ansias de poder tomar parte en esta empresa salen en sus cartas a Colonna, como una fechada el 6 de octubre de 1587: “siendo cierta la ocasión de haber de tornar a salir el marqués de Santa Cruz, pienso embarcarme [...] Hállome al presente en esta encomienda, enviando por el río abajo cuan apriesa puedo mi matalotaje y lo demás que es necesario para mi embarcación. Dicen que será jornada de dos meses y yo, hasta que me junte con los demás que tratan esto, no podré asegurar a V.S.I. ni decir por cierto nada”¹⁰. Como la situación en Lisboa seguía incierta, Diego volvió a Madrid donde lo encontramos a principios de 1588, aún esperando poder demostrar sus proezas militares. Cuenta que el rey Felipe II le había preguntado un par de veces “dónde holgaría más de servirle de mi vida” y él siempre respondía que con la Armada que se preparaba.

Para finales de febrero se hizo pública la noticia de que el duque de Medina Sidonia iba a reemplazar al marqués de Santa Cruz (que murió de tifus el 11 de febrero) como comandante y, naturalmente, Diego, como cuñado de él, esperaba algún nombramiento de peso. Desafortunadamente, el que se le adjudicaba no era de su agrado: “Dicen que me hacen a mí General del Andalucía, y yo no lo quiero por hallarme en la jornada. Y sé que me han de apretar que lo tome”¹¹. Para finales de abril estaba ya la armada presta para salir, pero Diego seguía sin saber lo que le tocaba, como le dice a Colonna: “No ha quedado persona que no va a esta jornada, si no es el dueño de esta carta por orden del rey, y aguarda la que le da, y con tanto se dice lo que pasa al presente. La Armada se parte a 30 de abril *Deu volente*”¹².

⁹ AHPZ: Híjar, 4^a-203-1.

¹⁰ Dadson, *Salinas, Cartas y memoriales...*, pp. 53–54, carta 13.

¹¹ *Ibid.*, pp. 56–57, carta 15, fechada el 5 de marzo de 1588.

¹² *Ibid.*, p. 61, carta 19, fechada el 30 de abril de 1588.

Por las cartas de Colonna está muy claro que a Diego de Silva y Mendoza le dolió mucho que el rey no le dejara partir con la armada comandada por su cuñado Medina Sidonia. En una del 28 de mayo sale a relucir su desánimo: “Su majestad miró muy bien la elección de mi cuñado, y creo que, por haber mirado la que quiere hacer en mí, no la ha tomado según lo poco que valgo. Y así entiendo que, si no la toma sin mirarla, que podré yo mirar a otras pretensiones”¹³. En la relación de sus servicios a la Corona, de que hemos hecho ya mención, dice lo siguiente de esta época de su vida: “estando el marqués siempre pidiendo la licencia para partirse a alcanzar el duque a la Coruña, le dijo su majestad que él tenía pensado en qué ocuparle, que se le dejase estar. Y vino el marqués a entender que iba su majestad con propósito de servirse de él cerca de su persona”¹⁴. Al fin, su destino fue el que sospechaba: reemplazar a su cuñado como Capitán General de Andalucía. Pero Felipe II no lo hizo porque desconfiaba de sus méritos militares, sino porque le preocupaba que la duquesa de Medina Sidonia se quedase sola en Sanlúcar sin su marido. Quería que alguien de la familia la acompañara y cuidara de ella y de sus hijos, y quién mejor que su hermano Diego, a quien le unían lazos de verdadero afecto, algo que el rey obviamente sabía: “[Su Majestad] declaró al marqués que su voluntad era que sirviese de General de la Costa de Andalucía e hiciese compañía a la duquesa de Medina Sidonia, hermana del dicho marqués”¹⁵.

Otra cosa que el rey sabía pero que no quería decir abiertamente, para no herir la sensibilidad de Diego, era que este era cojo, resultado de un accidente que tuvo en su infancia. Era poco menos que impensable que un cojo pudiera servir en la armada que se mandaba a Inglaterra; no solo era un peligro para sí mismo sino para todos los demás. Felipe II le estaba protegiendo, acción que le honra¹⁶.

Sin embargo, ocho años más tarde, Diego tuvo un nuevo encuentro con los ingleses, y de nuevo el escenario era Cádiz. El 30 de junio de 1596, una poderosa flota anglo-holandesa al mando de Lord Howard de Effingham apareció frente a Cádiz. El día siguiente el enemigo (más de diez mil soldados ingleses bajo las órdenes del conde de Essex y unos cinco mil holandeses) hizo su entrada en el puerto y capturó o destruyó todas las embarcaciones españolas, unos doscientos barcos según cálculos españoles. Cádiz estuvo dos semanas ocupado sin impedimento, mientras que los nobles y cortesanos españoles mal pudieron contener su rabia y enojo al ver que el gobierno era incapaz de responder a este desafío. Unos cuantos, entre ellos Diego de Silva y Mendoza, decidieron organizar un ejército e irse por su cuenta a Cádiz a afrontar al

¹³ *Ibid.*, p. 62, carta 20, fechada el 28 de mayo de 1588.

¹⁴ AHPZ: Híjar, 4^a-203-1.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Sobre la casi segura cojera de Salinas, ver Dadson, “El conde de Salinas y el duque de Medina Sidonia...”, pp. 158–159.

enemigo. De nuevo, Diego nos ha dejado una preciosa relación de este suceso y su parte en él:

con una compañía de 400 hombres que envió Córdoba se presentó el marqués ante el duque de Medina Sidonia, su cuñado. Y diciéndose que aquella noche desembarcaba el enemigo en el Puerto de Santa María, no se detuvo el marqués [...] Con la llegada y cuidado del marqués se acomodaron las diferencias, la gente se puso en orden, de su dinero del marqués hizo algunos refrescos a todo el escuadrón. Tuvo consigo gran cantidad de camaradas, acudió a socorrer el castillo de León y, por hallarse el marqués a la banda de tierra cuando el enemigo se embarcó, fue de las primeras personas que entraron en Cádiz, y a tiempo que pudo librar algunas imágenes del fuego. Rescató a su costa algunos caballeros, personas de calidad, que los querían llevar prisioneros a Inglaterra¹⁷.

Obviamente, Diego destaca su papel en la defensa, aunque tardía, de Cádiz, pero también deja entrever algunas de sus dotes que tendrán una gran importancia más tarde: su capacidad de organización, su comprensión inmediata de lo que más falta hacía (en este caso, refrescos para el escuadrón), su liderazgo. Todo esto le sirvió más tarde cuando fue enviado a Lisboa como Virrey y Capitán General, con el principal cometido de preparar el apresto de las armadas para Brasil y la India Oriental.

Hasta este momento los contactos que Diego de Silva y Mendoza había tenido con los ingleses consistían en refriegas y escaramuzas, todo a distancia. Los ingleses eran el enemigo que atacaba con regularidad las costas españolas, una amenaza constante pero en el caso de Diego, distante. Es poco probable que hubiera conocido a ningún inglés en persona, pero todo esto cambió en 1605 cuando la embajada inglesa encabezada por el Almirante Lord Howard llegó a Valladolid para ratificar el Tratado de Paz firmado el año anterior en Somerset House, Londres. A la espera de la llegada del séquito inglés, que había desembarcado en La Coruña a finales de abril (en vez de en Santander donde la comitiva española los esperaba), los preparativos para alojar a tanta gente seguían adelante. Como Corregidor de Valladolid, le tocaba a Diego Sarmiento de Acuña (futuro conde de Gondomar) el organizar el alojamiento de los más de 600 huéspedes ingleses que iban a descender sobre la nueva capital. Esto consistía en gran parte en echar a los habitantes locales de sus casas y alojar a los nobles ingleses con sus congéneres españoles. Como el palacio de Diego de Silva y Mendoza, ahora conde de Salinas, ocupaba una posición céntrica con pasadizos que lo comunicaban con el Palacio Real, fue requisado para alojar al Almirante Howard y sus criados¹⁸. Salinas tuvo

¹⁷ AHPZ: Híjar, 4^a-203-1.

¹⁸ Ver Dadson, *Diego de Silva y Mendoza. Poeta y político en la corte de Felipe III*, Granada, Ediciones de la Universidad de Granada, 2011, cap. IV, para más detalles de esta visita.

que retirarse a una quinta que poseía a orillas del Duero fuera de la ciudad, donde recibió a sus amigos llegados a Valladolid para presenciar la entrada de la comitiva inglesa. Mientras que Diego Sarmiento se ocupaba de la tarea casi imposible de buscar alojamiento para tantos extranjeros, y, encima, “herejes” a ojos de los españoles, y el gobierno se preocupaba por el creciente gasto que estaba ocasionando la visita, el Almirante Howard y su embajada caminaban lenta y penosamente por algunos de los peores caminos de la Península. El 25 de mayo llegaron al Castillo de Simancas (“onde está o arquivo de Hespanha tão nomeado”, en palabras del cronista portugués Tomé Pinheiro da Veiga, espectador privilegiado de la visita)¹⁹, donde pasaron la noche antes de hacer su entrada oficial en Valladolid el día siguiente. Después de una larga espera recibieron la visita de un grupo de nobles españoles que cabalgaron desde Valladolid para acompañarlos en su entrada; entre ellos se encontraba nuestro conde de Salinas, ansioso sin duda de conocer a su nuevo inquilino²⁰. De manera típicamente inglesa, el tiempo, que hasta entonces había sido caluroso y muy seco (de hecho, el norte de España sufría siete meses de sequía aquel año), cambió de repente y la entrada a Valladolid se hizo bajo una lluvia torrencial. Como observó Robert Treswell, rey de armas de Somerset: “The weather being all that time extraordinarily hot, suddenly to the great disordering of all the company, there fell so great a shower of raine as the like was not seene of long time before” [El tiempo hasta entonces había sido sumamente caluroso, pero de repente para el gran desorden de toda la compañía, cayó tan gran chaparrón como no se había visto antes en mucho tiempo]²¹. A pesar de estar calado hasta los huesos, el Almirante Howard hizo su entrada de manera muy digna y llegó a caballo al palacio de Salinas, que había sufrido unos cuantos cambios interiores para hacerlo más aceptable para un noble protestante inglés: “Lleváronle a apeaar a casa del conde de Salinas, donde le estaba aderezado un cuarto de siete piezas, colgadas con muy rica tapicería de S.M., y tres camas que se habían hecho nuevas para este efecto, sin haber en todos los aposentos pintura ninguna profana ni a lo divino”²².

Matías de Novoa observó que el Almirante Howard fue a visitar primero al Rey y la Familia Real, y que luego, “concluido este acto con gran solemnidad, grandeza y lucimiento, fue aposentado en las casas del Conde de Salinas, excediendo el hospedaje a

¹⁹ Tomé Pinheiro da Veiga, *Fastigimia*, Lisboa, Imprensa Nacional–Casa da Moeda, 1988, p. 60.

²⁰ Una lista de los nobles españoles que salieron a recibir la comitiva inglesa se encuentra en Pinheiro da Veiga, *Fastigimia*, pp. 63–64.

²¹ Robert Treswell, *A Relation of Such Things as were observed to happen in the Journey of the Right Honourable Charles Earle of Nottingham, L. High Admiral of England, His Highnesse Ambassadour to the King of Spain*, London, Melchisedech Bradwood for Gregory Seaton, 1605, p. 31.

²² Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, Madrid, Imprenta J. Martín Alegría, 1857, p. 244.

todos los mayores que ha hecho Príncipe a Embajador”²³. Otro cronista, Gascón de Torquemada, añadió más detalles sobre el alojamiento que, al parecer, era tan lujoso que el palacio de Salinas acabó convirtiéndose en algo así como una atracción turística: “El hospedaje y dádivas que el Rey Nuestro Señor le hizo, y a todos los que con él venían, fue cosa de admiración; fue alojado en las casas del conde de Salinas, cuyo adorno se podía venir a ver de muchas leguas”²⁴.

No sabemos nada de la reacción de Salinas ante su huésped inglés, aunque sí sabemos que tomó parte en todas las festividades — bailes, torneos, corridas de toros — organizadas para celebrar el evento. En cierto modo la visita de los ingleses le sirvió muy bien, puesto que llevaba tiempo intentando entrar en el Consejo de Portugal, algo que el duque de Lerma también quería pero que la Câmara (o Ayuntamiento) de Lisboa impedía argumentando que Salinas no era cien por cien portugués. Para salirse con la suya, Salinas utilizó el préstamo de su casa palacio, permitiendo que se construyesen los pasadizos necesarios que lo unirían con el Palacio Real y el palacio del conde de Benavente. Salinas no quería en un principio que su casa se convirtiera en un solar de construcción, y menos aún que se perdiera una de las cámaras de la casa, pero se dejó convencer con tal de que la tan deseada entrada en el Consejo de Portugal se hiciera realidad. Pinheiro da Veiga explica muy bien el propósito de estos pasadizos: “[As casas do Conde de Salinas] ficam entre Palacio Viejo y Nuevo, e passa por ellas o passadiço del-Rey, que toma parte da salla e camara por onde lhe fica comodidade de hir a El-Rey sem sahir fora”²⁵. Luego recoge una anécdota graciosa sobre el pasadizo: “Sobre este passadiço teve o Conde muitos disgustos com o Duque, porque, estando com huns amigos e bocejando hum muytas vezes, disse elle: «dichoso V. Md., que yo no me atrevo a abrir la boca, por que no me hajan passadiço por ella»”²⁶. También recoge el enfado del conde con la pérdida de una estancia de su palacio por culpa del pasadizo; “Estando elle huma noite assentado á porta com outros fidalgos, passaram certas embuçadas e disse uma d’ellas, fingindo que o não via: «mira, hermana, que han hechado hum cristel al Conde»: e elle respondeo: «engananse V. Mds., que elles se hechan, para hazer camara, e esto me ha quitado una, que tenía»; e com isto nos recolhemos” (1988: 67)²⁷.

²³ Matías de Novoa, “*Memorias de M. de Novoa sobre el Reinado de Felipe III*”, en *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta, 1875, vol. LX, p. 253.

²⁴ Jerónimo Gascón de Torquemada, *Gazeta y nuevas de la Corte de España desde el año de 1600 en adelante*, Madrid, Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, 1991, p. 26.

²⁵ Pinheiro da Veiga, *Fastigium*, p. 67.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

El tan odiado pasadizo, de que aún seguía quejándose Salinas años después, tuvo sin embargo el éxito deseado y el 17 de agosto de ese año de 1605 Salinas fue nombrado consejero del Consejo de Portugal. En seguida ocupó el puesto de Primer Consejero del Consejo²⁸, y fue en este cargo que llegó a conocer a otro inglés, Sir Robert Shirley. Sus caminos se cruzaron en febrero de 1610 cuando Salinas recibió un billete de Lerma que decía lo siguiente:

El embajador que aquí ha venido del rey de Persia ha representado a su Majestad, entre otras cosas, lo que V.s. verá por el papel que será con éste acerca del beneficio que los súbditos del turco sacan del trato y comercio que tienen en provincias de príncipes cristianos, y, habiéndolo visto su Majestad y teniendo por cosa muy conveniente y necesaria el procurar quitarles el dicho trato, y para encaminarlo como convenga, manda su Majestad que el dicho papel se vea en el Consejo de Portugal y se consulte luego a su Majestad lo que en él pareciere. V.s. lo ordenará así sin perder tiempo, porque su Majestad desea ganarle en el despacho de este embajador²⁹.

El embajador del Sha de Persia, Abbas I, era por supuesto Robert Shirley o, como lo decían y escribían los españoles, don Roberto Sirley. Su propuesta fue escuchada en el Consejo pero no sabemos el resultado. Sir Robert pasó los años de 1609 a 1615 de embajada en embajada en Europa, yendo de capital a capital, pero en 1615 fijó su residencia en Madrid donde Salinas llegó a tener bastante contacto con él.

Ambos volvieron a verse en Lisboa cuando Salinas fue al país luso en abril de 1617 como Virrey y Capitán General. Robert Shirley seguía lanzando propuestas, cada cual más absurda, al gobierno español y al Virrey, que tenían que tratar con mucho tino. Una carta de Salinas de diciembre de 1617 revela lo difícil que era tratar con Shirley: “Es de condición altiva, desconfiado y sagaz, y muy visto. No es hombre de medios, ni los acepta de buena gana. Quiere ser tratado con extremos, o tan bien que de obligado se precie de reconocido, o tan mal que se pueda perder el cuidado que puede dar, no yendo satisfecho”³⁰. Luego, de repente, Shirley desembarcó en Lisboa, muy al disgusto del Virrey pues sabía lo costoso que era alojarlo y lo complicado de su carácter. Una carta de Salinas a Felipe III el 18 de octubre de 1618 es bastante representativa de los problemas que le causaba este hombre:

²⁸ No tenía el título o cargo de presidente, ya que la costumbre o más bien ficción era que el Rey presidía el Consejo de Portugal, aunque casi nunca asistía a sus reuniones.

²⁹ Dadson (ed.), *La correspondencia política de un virrey. Las cartas enviadas desde Lisboa (1617–1622) por Diego de Silva y Mendoza, marqués de Alenquer* [en prensa]: Apéndice II, carta 24, a 18 de febrero de 1610.

³⁰ *Ibid.*, carta 61.

convendrá tener entendido lo que don Roberto Sirley, embajador del rey de Persia, propone, de cuyo crédito se ha hablado tan variamente, como V.M. ha entendido, y cuyo intento y designios, siendo inglés y tan plático, obligan a estar mucho en lo que propone y se le responde [...] Don Roberto siempre rehusó encargarse de llevar respuesta de ofrecimientos y palabras. Si lo que pide no es conforme al servicio de V.M., tengo experiencia de que cuanto más se porfia con él, más endurece, y el remedio que tomé cuando V.M. me mandó que le oyese, en compañía del condestable de Castilla, fue decirles que yo había oído lo que pedía, que me dijese lo que me ofrecía en nombre del rey de Persia, y con esta ocasión me ofreció muchos disparates e imposibilidades...³¹.

En fin, las relaciones que Salinas había tenido con los ingleses no habían sido hasta el momento del todo buenas ni exitosas. Pero sus siguientes contactos con ellos eran más que interesantes. Por un lado, Salinas llegó a conocerlos bastante bien puesto que sus armadas pasaban a menudo por Lisboa, donde paraban para descansar y cargar vituallas para el viaje. En estos años, 1617–1622, los dos países estaban en paz y los barcos y marineros ingleses podían fondear en Lisboa sin problemas, aunque, como Salinas bien sabía, sus flotas con frecuencia navegaban hacia las Indias Orientales para atacar el comercio portugués con la India y las islas Molucas y hacerse con sus mercancías, lo mismo que hacían los holandeses, también oficialmente en paz (hasta abril de 1621, cuando la Tregua de los Doce Años terminó). A pesar de todo esto, Salinas llegó a envidiar y apreciar a esos dos países, Inglaterra y Holanda, mucho más pequeños que España y sin los recursos naturales de los imperios español y portugués, pero ambos concentrados en el comercio y el trabajo, la verdadera riqueza de las naciones en opinión de nuestro Virrey y no las minas de oro y plata. En un largo memorial escrito al rey Felipe IV en mayo de 1623 sobre la propuesta de matrimonio entre el príncipe de Gales y la infanta María, decía tajantemente: “Esta nación está hecha al trato mercantil”; desde el rey abajo todos eran comerciantes: “como el trato mercantil en aquellos reinos alcanza desde el rey hasta todo lo género de súbditos directa e indirectamente, venían a estar todos obligados a la seguridad de lo capitulado”³². Parte principal de este dominio comercial era el control de los mares y el tener barcos rápidos y muy manejables, que las grandes naos españolas y portuguesas eran incapaces de perseguir. Como decía:

La religión que fuere señora de la mar en Inglaterra lo será de las que quedaren en tierra. Púedese procurar que todas las fuerzas que el rey de Inglaterra tiene en la mar, que son sus armadas y el dominio de ellas, estén en poder de católicos o cismáticos, y podía

³¹ *Ibid.*, carta 146.

³² Dadson, *Salinas, Cartas y memoriales...*, pp. 378 y 389, doc. 447.

rodearse debajo de pedir que las fuerzas que el rey tiene en la mar vengan a guardar el Estrecho y estén en los puertos de V.M.³³.

Otro tema que aparece con bastante frecuencia en la correspondencia de Salinas para el año de 1618 es el viaje de Sir Walter Raleigh (o Sir Guaterrale, como escriben su nombre en las cartas) a la isla de Trinidad, sus peleas con tropas españolas, y las consecuencias del viaje que llevaron últimamente a su ejecución (todo tratado por extenso, y con cierto regocijo, por Salinas en sus cartas a Felipe III), y la situación del conde Palatino, casado con una hija de Jacobo I, que llevó a Salinas a escribir la siguiente curiosa noticia a Felipe III el 5 de marzo de 1621: “Hácenme gran fuerza algunos ingleses confidentes católicos que avise a V.M. que holandeses quieren matar al príncipe de Gales para que, con introducir en aquel reino al conde Palatino y a sus hijos, puedan holandeses tener parte en los designios y gobierno de Inglaterra. Y también dicen que sería de mucha consideración que yo le escribiese al conde de Gondomar porque pareciese que por más vías venía a noticia del rey de Inglaterra y de su hijo para que estuviesen con cuidado”³⁴. Inmediatamente, se juntan sus dos mayores preocupaciones y lo que sería la perfecta solución; que “acabase de ponerse de todo punto desunión entre holandeses e ingleses, y se previniese el caso de haber de suceder en aquella corona el conde Palatino, porque sería la ruina de los católicos, además de que, juntas por la mar las fuerzas de holandeses y las de Inglaterra, podrían dar mayor cuidado a España, así en Europa como en la India”. La posible unión de las fuerzas marítimas de Holanda e Inglaterra era una pesadilla recurrente para Salinas.

Además del trato casi diario con ingleses y holandeses en Lisboa, Salinas intentó por medio de su amigo el conde de Gondomar un negocio mucho más osado y peligroso, que era comprar artillería a los ingleses. Poco después de llegar a Lisboa Salinas pidió información sobre el estado de las defensas costeras, las fábricas de municiones y de bizcochos, los molinos de pólvora, la compra de jarcia para las naves, etc. Lo que recibió de sus oficiales demostró el mal estado de todo, en especial de la defensa de la costa. Faltaban artillería, pólvora y jarcia. En Castilla la artillería y municiones procedían de las herrerías de Vizcaya, pero tardaban y eran costosas. Gracias a su amigo Diego Sarmiento de Acuña Salinas descubrió que los ingleses fabricaban mucha artillería y a un precio más bajo. Qué más natural entonces que comprarles a ellos las piezas que hacían falta. ¿No estaban en paz? Acordaron pedir cien piezas de artillería al rey Jacobo, después de haber recibido el beneplácito de Felipe III.

³³ *Ibid.*, p. 389, doc. 447.

³⁴ Dadson, *La correspondencia política...*, carta 479.

Lo que no podía haber imaginado Salinas era que acababa de entrar en un campo de minas³⁵. Cuando el Parlamento inglés se enteró de la compra, muchos diputados expresaron su incredulidad de que el gobierno considerase siquiera vender artillería al principal enemigo de Inglaterra durante casi un siglo, a pesar de que en estos momentos hubiese paz entre los dos países. El 13 de febrero de 1619 John Chamberlain apuntó en una carta a Sir Dudley Carleton, embajador inglés en Holanda que había muchas protestas “porque, aunque lo que más se necesita es pólvora, al embajador español se le permitió exportar una gran cantidad tanto de pólvora como de artillería”. Para principios de noviembre de 1619 el negocio se había convertido en escándalo cuando se descubrió que Gondomar había enviado sigilosamente fuera del reino una gran cantidad de piezas de artillería, casi todas de hierro. Pero peor aún, parece que había vendido las piezas a los holandeses a modo de iniciativa privada. Como comentó con mucha sorna el embajador de Venecia en Londres, Girolamo Lando: “Así es que por un lado parece que los españoles suministran armas a sus enemigos, mientras que por el otro los vemos sacar artillería de ambos estos reinos”.

Lando estaba convencido de que el Parlamento inglés intentaría impedir esta venta, lo que hizo el 16 de febrero cuando ambas cámaras solicitaron al Rey que prohibiese la exportación a España de las cien piezas, pero Jacobo I se puso firme alegando que era asunto de honor y “diciendo que lo había prometido dos años antes, para ser empleado contra piratas”. El Parlamento contestó diciendo que preferiría que se concediese el permiso a los holandeses antes que a los españoles. Finalmente, Chamberlain observó a Carleton el 10 de marzo de 1621 que “la artillería que se va a exportar a España aún espera en el río, o porque los marineros no la llevarán o porque barcos holandeses esperan fuera para interceptarla”.

A pesar de todos estos problemas, parece que las cien piezas de artillería sí llegaron a Portugal, como revela un memorial que Salinas escribió al nuevo régimen el 12 de mayo de 1621: “He hecho traer de Inglaterra cien piezas de artillería de hierro colado y está corriendo cambios el dinero que costó por mi cuenta, y la Corona de Portugal ni me la paga ni me la deja vender”³⁶. Salinas envió la artillería a Diogo Lopez de Sousa, conde de Miranda y gobernador de Oporto, que fue quien la había pedido en primer lugar, pero efectivamente, Salinas nunca recibió pago por estas piezas y los argumentos sobre esa compra duraron años, incluyendo en un momento el embargo de sus estados (el Reguengo de Guimarães) en Portugal.

³⁵ Para un análisis más detallado de este episodio (casi de ficción), ver Dadson, *Diego de Silva y Mendoza. Poeta y político...*, cap. IV, de donde proceden las citas.

³⁶ Dadson, *La correspondencia política...*, carta 483.

El último contacto que hubo entre Diego de Silva y Mendoza y los ingleses tuvo que ver con el alocado viaje del príncipe de Gales a España en la primavera de 1623 para casarse con la infanta María, hermana del rey Felipe IV. Antes de la llegada del príncipe Carlos Estuardo, el rey (mediante el conde-duque de Olivares) había pedido la opinión sobre este matrimonio a varios presidentes de Consejos o destacadas figuras políticas. Como el último virrey de Portugal y recién llegado a Madrid, y con más conocimientos de la situación portuguesa que nadie, Salinas fue uno de los que recibió la petición, a pesar de no ocupar en ese momento ningún cargo oficial³⁷. Emitió su parecer (como se decía entonces) sobre el matrimonio en un largo memorial dirigido al rey, documento que demuestra sus profundos conocimientos de los ingleses, de sus sistemas de gobernación (el poder, por ejemplo, del Parlamento), de sus distintas sectas religiosas (católicos, anglicanos, luteranos y calvinistas), de su afición al comercio, y del poder bastante limitado del rey Jacobo³⁸. Cuando Carlos apareció de improviso en España acompañado del duque de Buckingham, Olivares tuvo que movilizar rápidamente alojamiento adecuado para un heredero al trono. Esta vez Salinas no vio requisado su palacio, pero sí sus ricos tapices o colgaduras que acabaron decorando los cuartos del príncipe en el Convento de los Jerónimos en Madrid. Tal vez como recompensa, Salinas recibió un vestido “aceitunado de paño de Inglaterra [...] aforrado en bayeta verde con botones de bellotas de seda plateada y verde”, que encontramos en el inventario de sus bienes³⁹, o quizás fuera regalo de su amigo el conde de Gondomar, cuando volvió de Londres. No lo sabemos. Pero Inglaterra y los ingleses marcaron la carrera política de Diego de Silva y Mendoza desde su juventud hasta su retiro de la política en la década de 1620. Su memorial de 1623 sigue siendo uno de los mejores, más profundos y más detallados análisis de la Pérfida Albión escritos por un español de la temprana edad moderna.

³⁷ Además del memorial de Salinas, tenemos también el parecer de su amigo y protegido, Juan Roco Campofrío, presidente del Consejo de Hacienda: *Parecer de D. Juan Roco Campofrío, presidente del Real Consejo de Hacienda y sus tribunales, sobre el casamiento de la serenísima Infanta Doña María con el serenísimo príncipe de Gales D. Carlos* (BNE MS 7.780, 35 f.). Como se opuso al matrimonio, fue relevado del cargo en julio de 1623. Otro es un documento escrito por el marqués de Spínola “sobre la confederación y unión y sobre los casamientos de España con Inglaterra (1622)”, que muy amablemente me ha proporcionado el Dr. Glyn Redworth. Un tercer parecer fue emitido el 27 de julio de 1622 por fray Antonio Pérez, catedrático de Prima de la Universidad de Salamanca (BNE MS 9.087, ff. 230–236). En el mismo manuscrito se encuentra también el siguiente documento: “Razones que se discurrieron para justificar el matrimonio entre la Infanta de España y el Príncipe de Gales, supuesta la dispensa del Papa” (ff. 203–230).

³⁸ El documento se reproduce en Dadson, *Salinas, Cartas y memoriales...*, pp. 375–394, doc. 447.

³⁹ AHPZ: Híjar, 4^a-144-2.2.

